

La cultura El Molle en el Museo del Limarí: una aproximación a sus objetos y contextos.

Isidora Pérez Miranda*

RESUMEN: En el presente artículo se realiza una breve síntesis de las investigaciones arqueológicas desarrolladas en los valles de Elqui y Limarí que permitieron reconocer el complejo cultural El Molle e incorporarlo en la secuencia histórico-cultural de la prehistoria del Norte Semiárido de Chile (NSA). A fin de comprender la relevancia de la colección depositada en el Museo del Limarí dentro de una trama cultural mayor, se exponen y caracterizan los principales sitios y conjuntos materiales de las comunidades Molle que habitaron esos valles, con énfasis en la descripción de las vasijas alfareras completas y tembetás. Estos elementos se consideran como parte de un sistema de comunicación visual y corporal específico, fundamental para el mantenimiento y cohesión social de dichos grupos humanos.

PALABRAS CLAVE: Norte Semiárido, valle del Elqui, valle del Limarí, Período Alfarero Temprano, complejo cultural El Molle, cerámica, tembetás

ABSTRACT: This paper makes a brief synthesis of the archaeological research developed in the Elqui and Limarí valleys that allowed to recognize the cultural complex El Molle and to incorporate it in the historical-cultural sequence of the prehistory of the Semi-arid North of Chile (NSA). In order to understand the relevance of the collection held at the Museum of Limarí within a larger cultural network, the main sites and material sets of the Molle communities that inhabited these valleys are exposed and characterized, with emphasis on the description of complete pottery vessels and tembetás. Such elements are considered as part of a specific visual and body communication system, vital for the maintenance and social cohesion of these groups.

KEYWORDS: Semi-arid North, Elqui Valley, Limarí Valley, Early Ceramic Period, El Molle cultural complex, ceramics, tembetás

* Arqueóloga, Universidad de Chile. Cuenta con una amplia experiencia en la arqueología del Norte Semiárido y la cerámica prehispánica. Integra el equipo del proyecto Fondecyt 1150776 y ha participado como investigadora en proyectos Fondart dedicados al estudio de las vasijas Molle en el Museo Arqueológico de La Serena.

Cómo citar este artículo (APA)

Pérez, I. (2018). *La cultura El Molle en el Museo del Limarí: una aproximación a sus objetos y contextos*. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam.

Introducción

Tradicionalmente se ha denominado «complejo cultural El Molle» a las primeras comunidades que desarrollaron la alfarería en el Norte Semiárido de Chile, entre los años 0 y 800 d. C. (Niemeyer *et al.*, 1989), dentro de lo que los investigadores han definido como «Período Alfarero Temprano» (PAT). Habitaron desde Copiapó como límite septentrional hasta el valle del Choapa por el sur, mostrando sin embargo diferencias en sus expresiones materiales a lo largo de las diversas cuencas de esta extensa área (Niemeyer *et al.*, 1989). Sus primeros vestigios se identificaron en los valles de Elqui y Limarí, donde se desarrollaron las principales investigaciones que permitieron caracterizar este complejo (Cornely, 1944 y 1956; Iribarren, 1953 y 1958; Ampuero, 1965; Ampuero e Hidalgo, 1976).

Ubicadas en la Región de Coquimbo, las cuencas de los ríos Elqui y Limarí tienen sus nacientes en la cordillera de Los Andes, que alcanza altitudes de 5000 msnm. Dichas cuencas se encuentran delimitadas por cordones montañosos irregulares que dan forma a valles transversales estrechos, de orientación este-oeste, los que mantienen una gran cantidad de ramificaciones tanto hacia el norte como al sur; de esta forma, se configuran como un espacio geográfico con vías naturales de acceso y comunicación, lo que propicia el contacto con los valles adyacentes (Troncoso, 1998). De lo anterior se desprende la posibilidad de un desarrollo de dinámicas sociales particulares entre los grupos que habitaron estos diversos espacios, especialmente entre aquellos de las zonas altas y de interfluvio (Pérez, 2015).

La mayoría de los sitios de ocupación de las comunidades Molle se encuentran, precisamente, en el curso medio y superior de estos valles, privilegiando el uso de espacios cercanos a cursos de agua en laderas de quebradas secundarias, conos de deyección, lomas de baja altura y terrazas bajas de quebrada (Pavlovic *et al.*, 2014; Troncoso *et al.*, 2016a). Se han observado sitios a cielo abierto, entre los cuales resaltan los cementerios demarcados por piedras dispuestas circularmente sobre los entierros. También se han identificado sitios en reparos rocosos, los que formarían parte de un sistema de movilidad residencial. Si bien se han registrado ocupaciones en sectores de costa, estas serían menos recurrentes que en el interior (Troncoso *et al.*, 2016a).

Los principales elementos de la cultura material con los que se ha identificado a este grupo cultural son la cerámica monocroma con decoración incisa y los tembetás y las pipas en forma de «T» invertida elaboradas en piedra –todos ellos procedentes de sitios de carácter funerario–. Asimismo,

se han reconocido objetos fabricados en metal (fundamentalmente cobre, aunque también se registra la presencia de plata y oro), collares de cuentas de conchas, malaquita y turquesa, puntas de proyectil triangulares, piedras tacitas y arte rupestre, entre otros (Cornely, 1944 y 1956; Iribarren, 1953, 1958 y 1970; Castillo, 1991; Niemeyer *et al.*, 1989; Troncoso *et al.*, 2016b).

Actualmente, estos artefactos forman parte de las colecciones del Museo del Limarí, del Museo Arqueológico de La Serena y del Museo Nacional de Historia Natural, entre otros. La colección adscrita al complejo cultural El Molle presente en el Museo del Limarí comprende alrededor de 72 piezas adquiridas mediante donaciones de particulares, investigadores y coleccionistas; sobresalen entre ellos los nombres de Arturo Jiménez, Guillermo Durruty y Samuel Guerra, integrantes de la Sociedad Arqueológica de Ovalle (década de 1960). Los objetos corresponden a hallazgos realizados en la cuenca del Limarí, principalmente en la zona de Rapel (sitio de Los Molles) y Río Hurtado (sitio de La Turquía). El conjunto se compone esencialmente de cerámica (44 vasijas completas), tembetás (21), una pipa elaborada en piedra y collares de cuentas elaboradas en concha, malaquita y turquesa (6). Es preciso recalcar que muchas de estas piezas fueron obtenidas de manera no sistemática (saqueos y/o hallazgos fortuitos), por lo que se desconoce su procedencia específica y las características de sus contextos mortuorios.

Antecedentes de la prehistoria local

Los primeros trabajos referentes al origen del complejo El Molle fueron los que realizó Francisco Cornely hacia 1938 en el curso medio del río Elqui, especialmente en la localidad de El Molle. Allí efectuó una serie de excavaciones que abarcaron la intervención de seis cementerios, demarcados exteriormente con piedras blancas de río –un rasgo particularmente llamativo–. Se registraron materiales desconocidos para la época, y en los cráneos exhumados se identificaron rasgos bioantropológicos especiales (Cornely, 1944). Los elementos que más llamaron la atención fueron los ornamentos corporales –como los tembetás–, los adornos en cobre nativo, las pipas de piedra y la cerámica monocroma sencilla –representada por cántaros pequeños de cuerpos altos semiglobulares, sin asas y de base plana–, todo lo cual difería del registro cultural conocido en esa época, asociado a la cultura diaguita. En vista de ello, Cornely señala estar ante la presencia de un grupo cultural «primitivo» (Cornely, 1944), probablemente proveniente del área amazónica, anterior a la cultura diaguita y acaso subyugado por esta. Luego

de caracterizar los elementos materiales recuperados, asignó a esta cultura el nombre de «El Molle», siguiendo el criterio de sitio-tipo.

En la década siguiente, los trabajos realizados por Jorge Iribarren (1953, 1958), esta vez en el sector de río Hurtado, dieron continuidad al conocimiento de la cultura El Molle en la región. Inicialmente efectuó excavaciones en el cementerio de La Turquía A y luego, en aquellos denominados «B» y «C» (Iribarren, 1953). El registro recuperado no solo confirmó los postulados de Cornely (1944), sino que además evidenció la presencia de elementos novedosos en relación a las vasijas y a la metalurgia. En lo respectivo a esta última, se consignaron nuevos elementos de adorno elaborados en plata y oro. En cuanto al registro cerámico, además de la gran cantidad de vasijas recuperadas, se observaron nuevas formas y tipos decorativos, tales como el Molle Rojo sobre Crema y el Molle Postcocido. La técnica incisa mostró gran variación, exhibiendo muchas veces pintura blanca en su interior (Iribarren, 1958). En vista de estos hallazgos, Iribarren postula la existencia de dos etapas o fases evolutivas de desarrollo para la cultura El Molle.

A partir de la revisión y análisis de los contextos del área nuclear de desarrollo Molle, se generaron distintas visiones para entender estas evidencias. Una de ellas, sostenida por Ampuero y Rivera (1969) y Ampuero e Hidalgo (1976), refuta la existencia de fases de desarrollo planteada por Iribarren (1958), argumentando la ausencia de un registro estratigráfico que confirme estas diferencias y planteando, en cambio, que ellas podían ser explicadas por una regionalización de la población en distintos valles. Esta idea fue retomada años después por Niemeyer y colaboradores (Niemeyer *et al.*, 1989), considerando además sus propios trabajos en Copiapó y Huasco (Niemeyer, 1955; Niemeyer y Cervellino, 1982), así como las escasas evidencias de lo Molle en el valle del Choapa. En el marco de una síntesis de la prehistoria del Norte Semiárido, los autores postulan la existencia de una homogeneidad cultural durante el PAT entre los valles de Copiapó por el norte y el de Choapa por el sur, representada por este complejo; dicha identidad habría mostrado, sin embargo, expresiones diferenciales para cada valle (Pérez, 2015).

Bajo esta mirada, los grupos Molle constituyen la única población conocida del Norte Semiárido durante el PAT. Según algunos autores como Cornely (1958), se habría tratado de un pueblo medianamente sedentario, con una posible movilidad trashumante, agroganadero, con una economía multifacética de carácter complementario y sin una dirección centralizada. Por su parte, Ampuero e Hidalgo (1976) sostienen que estos grupos se habrían organizado sobre la base de una agricultura incipiente, con un importante desarrollo ganadero y caza-recolección decrecientes.

En la actualidad, Troncoso y Pavlovic (2013) interpretan las evidencias de los grupos que habitaron las cuencas del NSA como el reflejo de una heterogeneidad cultural, identificando al mismo tiempo algunos elementos que permitirían considerar los valles del Elqui y Limarí como una unidad diferenciada del resto de las cuencas. Como resultado de un devenir histórico local común, esta unidad habría estado asociada a formas de vida y habitar el mundo particulares, expresadas en patrones de asentamiento a cielo abierto y en reparos rocosos; prácticas funerarias caracterizadas por tumbas con señalizaciones y presencia de arquitectura interna; y evidencias zooarqueológicas que denotan ausencia de camélidos domesticados y de herramientas agrícolas formatizadas (palas) que sí están presentes en otros valles –por ejemplo, en Copiapó–. No obstante lo anterior, también habría compartido rasgos de carácter ideacional con el resto de los valles del Norte Semiárido –algo que se vería reflejado en los materiales diagnósticos comunes al complejo El Molle–, sin implicar con ello una homogeneidad poblacional, sino la existencia de flujos de ideas y sistemas de comunicación que habrían contribuido a la reproducción de un conjunto de saberes y prácticas específicas, las cuales habrían sido apropiadas de manera diferencial por las comunidades de los distintos valles según sus respectivos devenires históricos. La objetivación material de este sistema ideacional se manifiesta en las características comunes de la alfarería (decoración incisa geométrica y formas restringidas) y en la presencia de tembetás y pipas a lo largo de todo el Norte Chico, aunque con particularidades en cada una de las unidades identificadas (Troncoso y Pavlovic, 2013).

Ahora bien, además de una variabilidad espacial, se postula una posible variabilidad temporal para las ocupaciones alfareras tempranas de los valles centrales del NSA durante el PAT, en cuyo desarrollo se distinguen dos procesos o momentos. El primero estaría dado por la adopción (aunque en baja frecuencia) de la cerámica por parte de los cazadores-recolectores del período Arcaico Tardío, situación que, en contraste con los planteamientos tradicionales que asocian esta tecnología con el sedentarismo, no habría implicado una transformación socioeconómica abrupta, ni un quiebre en los modos de vida y dinámicas de ocupación basados en la movilidad residencial (Troncoso *et al.*, 2016a). Así lo demuestra la persistencia en el uso del espacio y contextos materiales que se observa, por ejemplo, en los sitios Valle El Encanto, Tamaya 1, San Pedro Viejo de Pichasca y alero Roca Fértil, donde se ha verificado continuidad estratigráfica entre las evidencias de ambos períodos. Se aprecia, además, un aumento en la cantidad de asentamientos, transformaciones en

las industrias líticas y una intensificación en la producción y uso de piedras tacitas que apuntarían a una reducción de los circuitos de movilidad.

El segundo momento, situado en la segunda mitad del primer milenio, sí habría implicado un cambio importante de los contextos y modos de vida. Según Troncoso y colaboradores (2016a), estaría asociado con la conformación de los registros Molle clásicos, lo que se ve reflejado en un aumento de la cerámica en los sitios, en la presencia de petroglifos de surco profundo –entre los que se encuentran las llamadas «cabezas tiaras»– y en la construcción de grandes cementerios como La Turquía, El Molle y El Palomo, entre otros. En palabras de los autores, se daría una «incorporación y transformación de los lenguajes visuales, destacando la aparición de lo humano en el arte rupestre y la aparición del tipo Molle Bicromo, así como la conformación de grandes cementerios que denotarían un trabajo colectivo y una intención de monumentalizar los espacios de morada de los ancestros en el paisaje» (Troncoso *et al.* 2016:215). Lo anterior sugiere la presencia de grupos con una movilidad más reducida respecto de momentos anteriores, llegando a una etapa final en términos de sedentarización. Con todo, los datos no permiten plantear que este proceso se diera de manera homogénea, puesto que existen sitios con características similares a las señaladas para los momentos pre-500 d. C. (Troncoso *et al.*, 2016a).

Esfera funeraria: una mirada desde los contextos mortuorios

Como se ha señalado, los principales sitios de la cultura El Molle corresponden a espacios de carácter funerario, ya sean entierros aislados o cementerios generalmente emplazados en laderas de quebradas, conos de deyección y lomas de cerros. Aun cuando estos fueron complementados con el descubrimiento de algunos sitios de carácter doméstico/habitacional tales como el Valle del Encanto y San Pedro Viejo de Pichasca –entre otros que han contribuido a complejizar el panorama cultural de la zona para el PAT–, es en el contexto funerario donde se agrupan los elementos sustanciales que constituyen la ergología Molle, a partir de los cuales se sentaron las bases para acuñar este grupo cultural.

Es necesario recalcar que, debido al importante grado de saqueo que han sufrido estos sitios y a lo incompleto del registro realizado por los investigadores al momento de recuperar las ofrendas, salvo escasas excepciones, carecemos de un conocimiento apropiado de la estratigrafía, dimensión espacial y contextos. Solo recientemente algunos fechados radiocarbónicos y

de termoluminiscencia han ayudado a esclarecer y contextualizar de manera más precisa su situación en términos arqueológicos (Pérez, 2015; Troncoso, 2016a).

Distribución geográfica

Con respecto a la distribución geográfica general y específica de los sitios funerarios con características Molle, la mayor cantidad de ellos se concentra en el valle del Limarí, donde se han contabilizado 22, mientras que en el del Elqui se registran 16 (fig. 1) (Pérez, 2012). Cabe destacar que una gran cantidad de ofrendas proviene de los sitios ubicados en la localidad de La Turquía (Río Hurtado), marcando una tendencia importante dentro del total de los elementos culturales Molle recuperados.

En relación a la distribución de sitios por sectores, la mayor representación se observa en el curso medio del Elqui; en el Limarí, en tanto, se registró una concentración en el sector interior, tanto en la zona de Río Hurtado como de Rapel. La frecuencia de sitios emplazados en la costa es baja para ambos valles, pero especialmente en el Limarí, donde se conoce solo uno, denominado «Salinitas».

Algunos contextos relevantes

Cementerios de El Molle

Los seis cementerios identificados en la localidad de El Molle, ubicada entre Vicuña y La Serena, fueron inicialmente excavados por Cornely en el año 1938. Con posterioridad a esa fecha, continuó realizando algunas intervenciones, hasta el año 1952, ocasión en la que fue acompañado por Iribarren. Cuatro de estos cementerios se emplazan en laderas bajas de cerro, al norte del río Elqui, mientras que los otros dos se ubican 5 km al oeste, por el lado sur del río. Según Cornely (1944), la extensión de cada uno de estos componentes sería de al menos una hectárea.

Una de sus características más llamativas es la presencia en varios cementerios de demarcaciones realizadas con piedras de río blancas y algunas rojas, formando bandas circulares y enterradas hasta la mitad. Su exposición convirtió estos entierros en blanco de saqueos, que muchas veces ocasionaron disturbación tanto en su parte exterior como interior. Otro rasgo relevante es que poseían una estructura o arquitectura interna.

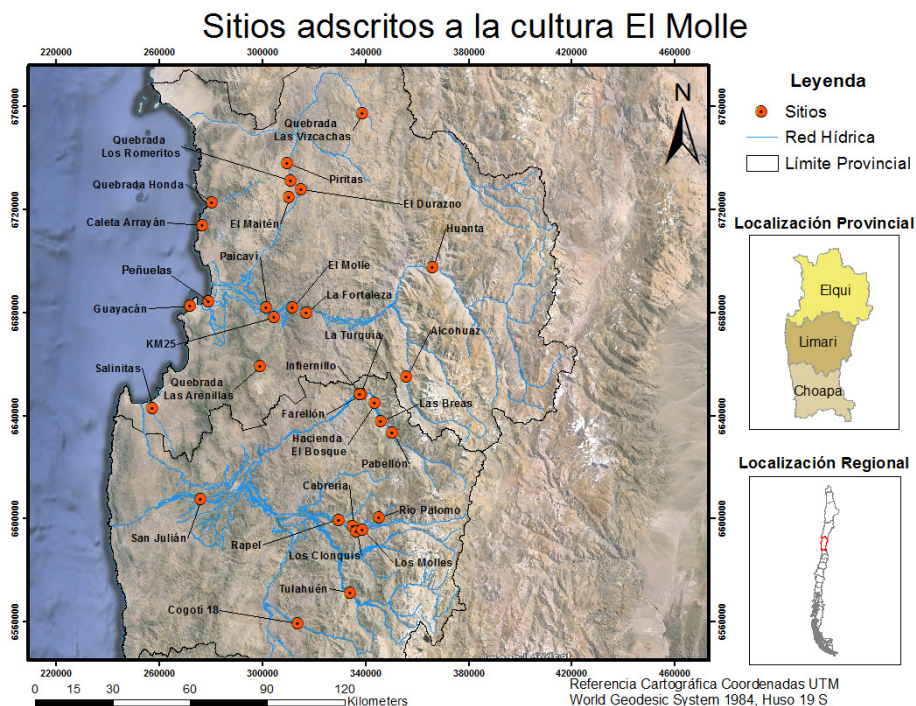


Figura 1. Distribución geográfica de los principales sitios de carácter funerario adscritos al complejo cultural El Molle en los valles de Elqui y Limari. Fuente: Pérez (2015).

Se hallaron restos óseos de adultos y de niños, bastante deteriorados, hasta pasados los 2 m de profundidad. En relación a las ofrendas, Cornely (1944, 1956) señala que eran más bien pobres y que a menudo no se encontraba más que un pequeño tembetá o adorno; por ejemplo, de las 18 sepulturas del cementerio N° 2, solo 5 presentaron ajuares, compuestos por tembetás, vasijas, aros, pulseras y anillos de cobre, collares de cuentas (1500 cuentas en un entierro), aros de concha y pipas, entre otros objetos.

Los entierros estaban rellenos con abundante cantidad de piedras de río mezcladas con tierra; sobre estas, algunas zonas del cuerpo –como los cráneos– figuraban señaladas con piedras de mayor tamaño; finalmente, se observaba la demarcación externa ya mencionada.

Alcohuaz

Se trata de un cementerio de pequeña envergadura, ubicado en el curso superior del río Claro, tributario del Elqui, en una ladera baja de cerro. Fue identificado casualmente por trabajadores del sector al momento de ensanchar

un camino, por lo que se desconocen mayores datos acerca de su contexto. Se recuperaron al menos siete piezas cerámicas, que por sus características de forma y decoración, sugieren la existencia de algún grado de interacción o integración con los grupos vecinos de Hurtado (Iribarren, 1957; Pérez, 2015).

Cementerios de La Turquí

Este conjunto, conformado por los cementerios A, B, C, D, E, Farellón, Matancilla e Infiernillo, se encuentra en las faldas del cerro Gigante, por la ladera sur del río Hurtado, a lo largo de aproximadamente 1 km lineal (Iribarren, 1970). En 1950, lugareños intervinieron inicialmente las siete sepulturas del cementerio A, encontrando al menos 15 esqueletos. Iribarren (1970) señala la existencia de una estructura interna particular, compuesta —conforme se profundizaba la excavación— por una capa de tierra, seguida de una cubierta de piedras que el autor denomina «emplantillado»; bajo esta, había tierra fina, suelta, como cernida, sin guijarros; y, finalmente, los esqueletos, a 1,40 m de profundidad. Los elementos materiales recuperados corresponden a al menos tres vasijas, cuatro tembetás y plaquitas de cobre (Iribarren, 1953).

El cementerio B, más conocido y el mejor estudiado de la zona, se ubica sobre una pequeña loma al sur del anterior. Allí se hallaron al menos 31 fosas, demarcadas exteriormente por ruedos de piedra dispuestos de manera anular. También se identificó una estructura interna, constituida por una primera capa de tierra, luego el «emplantillado» y, posteriormente, tierra fina, donde se encontraron los esqueletos. Además, algunos entierros constaban de troncos de algarrobo dispuestos en forma horizontal o vertical sobre los cuerpos. A modo de ajuar se registró la presencia de vasijas cerámicas, tembetás, puntas de proyectil y morteros; collares de cuentas de concha, malaquita y turquesa; y elementos elaborados en metal, tales como placas de cobre, oro y plata, así como aros, pulseras y pinzas de cobre (Iribarren, 1958). El resto de los cementerios tendrían características similares, aunque de menor tamaño, presentando elementos materiales como los ya mencionados (Iribarren, 1970).

Central Los Molles

Corresponde a un pequeño cementerio emplazado en la ladera sur del río Los Molles, tributario del Rapel, a 80 m de una central hidroeléctrica. En las excavaciones que el coleccionista Samuel Guerra, miembro de la Sociedad Arqueológica de Ovalle, efectuó en este lugar, registró la presencia de seis esqueletos, cuyas escasas ofrendas incluían tembetás, collares, pulseras y pendientes de cobre. También recobró tres vasijas completas o semicom-

pletas, dos con decoración de pintura roja sobre engobe blanco y una con decoración incisa (Ampuero, 1965). Lamentablemente, se desconocen más detalles sobre el contexto funerario, referentes a la presencia de ruedos de piedra demarcatorios o a la estructura interna de los entierros.

El Palomo

Por desgracia, este cementerio situado a los pies del cerro Cuaderno –en la confluencia del río Rapel con el río Palomo, por la ladera norte del primero– ha sido intensamente saqueado. El equipo responsable del proyecto Fondecyt 1110125 (Pavlovic *et al.*, 2014) logró identificarlo gracias a información entregada por lugareños y a la presencia de ruedos de piedra de río de colores blanco, crema y violáceo a modo de demarcación inicial de las tumbas, actualmente disturbados. En sus investigaciones, este equipo registró en la tierra más de 40 depresiones de diversas dimensiones, así como montículos con material removido. También detectaron material cerámico de adscripción PAT (fragmentos pulidos, bruñidos e incisos) y bioantropológico fragmentado en superficie, además de algunos elementos líticos (Pavlovic *et al.*, 2014). Como resultado de este estudio, hoy es posible contar con los primeros fechados del sitio, que lo ubican después de los 500 años d. C. (Troncoso, 2016a). Cabe mencionar que los lugareños señalaron que este cementerio había sido excavado o, al menos, visitado por Guillermo Durruty, por tanto existe la posibilidad de que los materiales con procedencia «Los Molles» donados y actualmente depositados en el Museo del Limarí –principalmente cerámicos, además de adornos como tembetás y collares– provengan, en parte, de este sitio.

Las Mollacas

Se encuentra emplazado en una ladera baja al sur del río Rapel, a 1,5 km de El Palomo. Aun siendo de menores dimensiones que este último, presenta características similares, incluso en lo respectivo al saqueo sistemático del que ha sido objeto, evidenciado por al menos 15 depresiones en la tierra y rocas redondeadas, de colores claros y gran tamaño, hoy disturbadas. En el sitio se encontró material cerámico PAT (fragmentos engobados, incisos, alisados, pulidos y bruñidos), lítico y bioantropológico en superficie, entre los cuales destacan algunos fragmentos de huesos largos muy deteriorados (Pavlovic *et al.*, 2014). La presencia de elementos de cultura material en superficie podría deberse a la fractura de las piezas durante saqueos o actividades asociadas a eventos rituales. Aun cuando ni en Las Mollacas ni en El Palomo se pudo

comprobar la existencia de una arquitectura interna en los entierros, al menos se confirmó la presencia de delimitaciones exteriores, análoga a la observada en los sitios de La Turquía y El Molle.

Aparte de los mencionados, existen otros cementerios con elementos culturales relevantes, de los cuales solo se conoce la procedencia general, ignorándose en cambio la naturaleza de los entierros y sus asociaciones contextuales. En general, estos sitios comparten las características de sus emplazamientos, ubicados en laderas de cerros importantes dentro del paisaje local, cerca de tierras bajas y con buena visibilidad de ellas (Pavlovic *et al.*, 2014). También se reitera la presencia de ruedos de piedra demarcatorios que agrupan una cantidad importante de entierros.

La instauración de este tipo de sitios denota, por una parte, la apropiación y ritualización del paisaje y la tierra, reflejando una de las formas en que las personas que habitaron los valles concebían el espacio y su geografía social (Pérez, 2015). Por otra parte, depositar a los muertos en dichos espacios debió implicar, en términos sociales, una mayor inversión de trabajo y, posiblemente, una disminución en la movilidad de las comunidades. Todos estos elementos podrían señalar la existencia de una tradición funeraria particular, iniciada en tiempos posteriores a los 500 años d. C. y vigente en momentos más tardíos –como el Período Intermedio Tardío (PIT)–, la cual daría cuenta asimismo de una diversificación de lo que entendemos para el PAT en la zona (Pavlovic *et al.*, 2014; Pérez, 2015; Troncoso *et al.*, 2016a).

De artefactos diagnósticos: tembetás y alfarería

Adornos del cuerpo: El uso de tembetás en el Norte Chico

El tembetá es un adorno que se lleva comúnmente bajo el labio inferior, ya sea centrado o de a dos. Puede estar confeccionado en distintos materiales, como cerámica, piedra, hueso, metal o madera. Aunque su tamaño y forma varían considerablemente, por lo general se compone de un cuerpo (extremo distal) que sobresale a través del labio y de una base (extremo proximal) por medio de la cual se mantiene sujeto a la boca (Keddie, 1981).

Estos artefactos corresponden a un medio de alteración intencional del cuerpo, práctica mediante la cual se elaboran, simbolizan y manifiestan de forma visual ciertos procesos de socialización de los miembros de una comunidad (Brain, 1979 en González, 2017) y que, por tanto, funcionaría como una estrategia de construcción de identidad, tanto de una persona como de

una sociedad. Su importancia radica en que a partir de ellos es posible observar las formas en que los sujetos expresan sus distintas realidades materiales y corporales, así como los sentidos de diferenciación y pertenencia asociados al artefacto mismo y a los sujetos portadores. Aun cuando se desconoce el significado específico que estos últimos pudieron otorgarles, evidencias encontradas, por ejemplo, en el sitio de El Torín en Copiapó sugieren una asociación de los tembetás con la masculinidad (Torres Rouff, 2008).

Si bien la presencia de estos artefactos en la prehistoria chilena abarca desde los grupos que habitaron el salar de Atacama, por el norte, hasta Chile central, como límite meridional (Cornely, 1956; Niemeyer *et al.*, 1989), es en la zona del NSA donde se ha identificado la mayor cantidad de tipos distintos; entre ellos, discoidal con alas (o de botón); botellita recto; botellita curvo; cilíndrico con alas; cilíndrico largo y fusiforme (Niemeyer *et al.*, 1989). Nuevos estudios, como los de González (2017), han ampliado aún más el espectro tipológico, contribuyendo a sistematizar subcategorías derivadas de las particularidades observadas en cada tipo. Por otra parte, los ejemplares que se han registrado en este territorio muestran gran variabilidad de materias primas: si bien la mayor parte está confeccionado en piedra, también se han encontrado algunas piezas manufacturadas en cerámica y casos aislados de tembetás óseos.

En los valles del Elqui y Limarí se condensa la mayor variabilidad de formas; incluso, se ha observado preliminarmente que existirían algunas exclusivas del segundo, tales como el tembetá cilíndrico largo curvo, generalmente manufacturado en piedras traslúcidas de colores verde y amarillo verdoso. También se ha comprobado en estas cuencas el uso de un amplio repertorio de materiales líticos para su manufactura, entre los cuales se cuentan combarbalita de diversos colores, mármol, crisoprasa, cuarzo y crisocola, entre otras (fig. 2).

En relación a su distribución, una gran abundancia de piezas proviene de sitios ubicados en sectores altos, principalmente los ya mencionados cementerios de La Turquía y Farellón. Desde allí se recuperaron piezas únicas en todo el NSA, tales como un tembetá de botellita curvo, de color café oscuro y gran tamaño (más de 7 cm), y otro del mismo tipo, de color rojo intenso con una degradación a tonos anaranjados hacia su extremo distal, ambos depositados en el Museo Arqueológico de La Serena (González, 2017).

El Museo del Limarí, en tanto, alberga 21 tembetás, en su mayoría procedentes del sitio Los Molles, aunque también están representados los sitios de Las Cardas, Valle del Encanto, Planta Lechera y Altar Alto. Principalmente

se trata de piezas de tipo cilíndrico, entre las cuales destaca un tembetá cilíndrico plano de crisocola, materialidad que, según González (2017), no es recurrente en la elaboración de estos objetos.



Figura 2. Dos tembetás líticos procedentes del área de Los Molles: a la izquierda, pieza cilíndrica con alas; a la derecha, ejemplar del tipo botellita recto. Museo del Limarí, Colección Arqueológica, n°s inv. 780a y 781b. Fotografía de Darío Tapia.

Alfarería del complejo cultural El Molle: Formas, técnicas y diseños

Uno de los principales elementos materiales utilizados para definir e identificar la presencia del complejo El Molle a lo largo del NSA ha sido, sin duda, la alfarería. Su producción se caracteriza por piezas monocromas de colores café, gris, negro y rojo, en forma de cántaros altos simétricos, generalmente sin asas y de base plana —una fisonomía muy diferente de lo conocido en la región hasta la década del ‘40, representado por la cultura diaguita—.

Las piezas alfareras fueron en su mayoría recuperadas de cementerios y entierros, donde formaban parte de las ofrendas con las que estos grupos sepultaron a sus muertos —no se descarta, sin embargo, que hayan sido utilizadas también en la vida cotidiana, fuera del ámbito funerario—. Pese a que en el pasado cundió entre los investigadores la idea de que estos objetos se encontraban de manera abundante en los sitios adscritos al complejo —acaso debido a su peso como elemento diagnóstico—, el registro arqueológico demuestra que, por el contrario, su frecuencia de aparición es más bien baja en relación a la cantidad de fosas e individuos identificados durante los trabajos en terreno (Cornely, 1944; Iribarren 1958) y que muchas veces están del todo ausentes en los contextos funerarios (Pérez, 2015).

La primera tipología relativa a la forma de las vasijas fue elaborada en la década de 1950 por Cornely, quien definió un total de 14 tipos a partir del

análisis morfológico y métrico de 21 piezas recuperadas de los cementerios de la localidad de El Molle en el Elqui (Cornely, 1944). Posteriormente, Iribarren (1958) planteó otra tipología conforme a descripciones más sistemáticas, considerando principalmente las vasijas registradas en los cementerios de La Turquía e integrando algunos de los tipos acuñados por Cornely (1953). Junto con identificar 12 tipos de formas, Iribarren (1958) establece cruces con las técnicas decorativas observadas –incisas, pintadas y otros tratamientos de superficie– y evalúa la presencia de los tipos propuestos en otros sitios adscritos al Molle en el valle del Elqui y Limarí. A partir de este análisis, concluye que el conjunto de vasijas recuperadas de los sitios La Turquía B, C y D presenta una mayor variedad respecto del resto de los sitios asociados a este complejo (Iribarren, 1958).

Desde otra perspectiva, Niemeyer y colaboradores (1989), luego de caracterizar los tratamientos de superficie utilizados en los conjuntos alfareros registrados a lo largo del Norte Chico para este complejo, identifican 11 tipos, de los cuales todos –salvo El Torín «cesteado»– han sido consignados en los valles de Elqui y Limarí¹. Están constituidos fundamentalmente por vasijas monocromas alisadas o de tipo corriente, pulidas y pulidas incisas, cuyos principales colores corresponden al café, gris, negro y rojo, y vasijas de tratamiento bicolor «negro y rojo pulido» y «rojo sobre blanco o crema», estas últimas menos frecuentes (Niemeyer *et al.*, 1989, p. 255).

De los trabajos reseñados se desprende, en términos generales, que la alfarería representativa de los grupos Molle en los valles centrales del NSA se caracteriza fundamentalmente por ser monocroma; de formas restringidas y tamaño más bien pequeño; cuerpos globulares o paredes «longuilíneas»; perfiles tanto inflectados como compuestos y complejos; bases planas y escasa presencia de asas. Se registran además vasijas tipo «florero» negras pulidas y escasa presencia de piezas asimétricas zoomorfas. Su composición consiste preferentemente en pastas de antiplásticos finos, de distribución homogénea, cocidas ya en ambientes oxidantes, ya reductores. Algunas piezas lucen decoración por medio de incisos o pintura, con diseños geométricos no figurativos formados por líneas muy juntas, paralelas, horizontales u oblicuas, aplicadas por zonas o campos diferenciales en las piezas (Niemeyer *et al.*, 1989).

Estudios recientes han permitido ordenar y caracterizar los conjuntos alfareros procedentes de los valles centrales del NSA en relación a las di-

¹ Los tipos definidos por Niemeyer *et al.* (1989) son los siguientes: (1) Café Alisado o Corriente; (2) Gris Alisado; (3) Negro Pulido; (4) Negro Pulido Inciso; (5) Rojo Pulido; (6) Rojo Pulido Inciso; (7) Café Pulido; (8) Café Pulido Inciso; (9) Bicolor, Negro y Rojo Pulido; (10) Bicolor, Rojo sobre Crema; (11) El Torín «Cesteado».

mensiones morfológica, tecnológica y decorativa, desde una perspectiva que considera las vasijas como una forma de representación visual por medio de la cual se comunican y expresan ciertos saberes. Estos han sido formulados y comprendidos a partir de la existencia de principios culturales comunes específicos de los grupos que las elaboraron y utilizaron (Pérez, 2012, 2015).

Análisis de conjuntos alfareros Molle en colecciones públicas chilenas

A partir del estudio de 211 piezas alfareras que actualmente forman parte de las colecciones del Museo Arqueológico de La Serena (146), Museo del Limarí (44), Museo Nacional de Historia Natural (6) y Museo Chileno de Arte Precolombino (17) (Pérez, 2015), logramos definir 13 categorías generales de forma y diversas subcategorías (fig. 3). Entre ellas, las ollas (con y sin base anular), jarros (de perfil complejo) y vasos altos fueron las más frecuentes y de mayor variabilidad. Se observa una mayor prevalencia de vasijas restringidas con cuello y, por consiguiente, una baja representación de vasijas abiertas como tazones y escudillas, a diferencia de lo que ocurre con la cultura diaguita, donde estas predominan. Además, llama la atención la variedad de categorías que agrupan a vasijas asimétricas: modeladas ornitomorfas; modeladas zoomorfas; asimétricas modeladas únicas; y asimétricas de uno o dos golletes y asa hueca, las de mayor frecuencia dentro del conjunto (fig. 4). En relación a los tamaños (altura y volumen), las piezas en general tienden a ser pequeñas a medianas; las categorías de mayor altura son los jarros y vasos altos, aunque por lo general poseen una pequeña capacidad volumétrica (Pérez, 2015).

En términos tecnológicos, la mayoría de las piezas han sido elaboradas con la técnica de rodete, de manera muy prolija: se advierte una intención de disimular detalles de manufactura tales como las barbas de unión de los cuellos, las uniones de rodetes y la incorporación de las bases anulares, entre otros. Los rasgos mencionados han podido ser visualizados de mejor manera por medio del uso de herramientas avanzadas como el escáner de tomografía axial, a través del cual se logró conocer la existencia de algunos patrones de manufactura, por ejemplo, de las piezas asimétricas modeladas con uno o dos golletes y asa puente (Pérez, 2013, 2015). Los espesores observados son preferentemente delgados en jarros y vasos altos, mientras que en las ollas fluctúan de medianos a delgados. En relación a los tratamientos de superficie, se registró una mayor frecuencia de piezas pulidas y bruñidas en jarros y vasos altos, mientras que en las ollas se privilegió el alisado (Pérez, 2015).

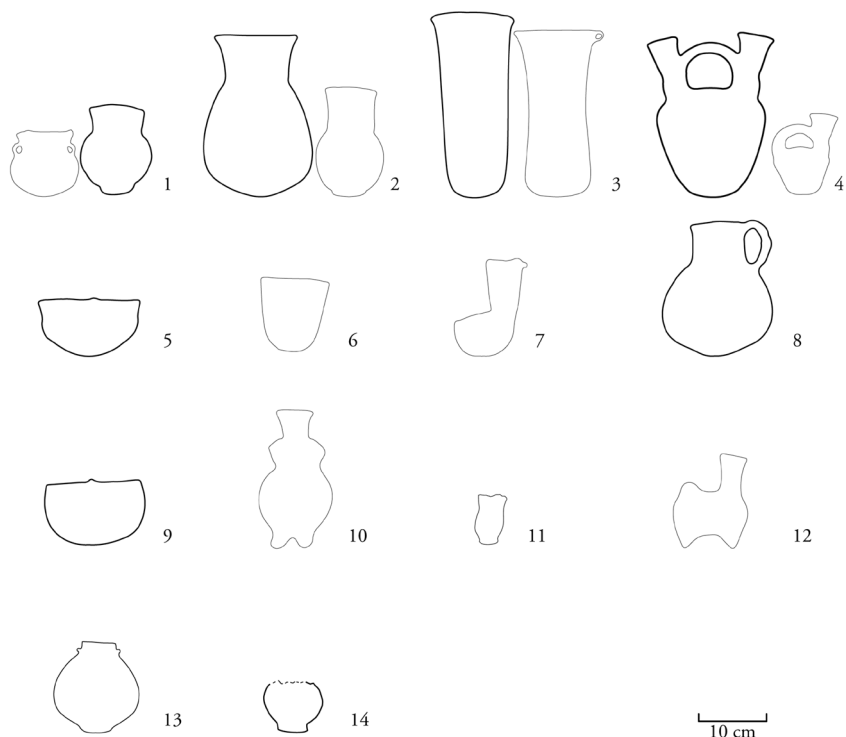


Figura 3. Categorías de vasijas ordenadas por frecuencia: (1) olla; (2) jarro; (3) vaso alto; (4) asimétrica con uno o dos golletes y asa hueca; (5) escudilla; (6) tazón; (7) asimétrica ornitomorfa; (8) jarro con un asa; (9) cuenco; (10) asimétrica modelada única; (11) miniatura; (12) asimétrica zoomorfa; (13) modelada única. Fuente: Pérez (2015).

Aun cuando la factura de estos objetos se caracteriza por su prolijidad, también se observa la presencia de algunas piezas toscas, particularmente ollas, elaboradas de manera muy irregular en términos de forma, espesor y superficie. Creemos que estos rasgos pueden ser el producto del trabajo de alfareros aprendices o principiantes, cuya menor destreza no impidió que se diera uso a dichas piezas, según lo demuestra la presencia de hollín.

En relación a la dimensión decorativa, se observó que más de la mitad de las piezas revisadas presentan ornamentación. El conjunto ofrece un repertorio de 11 técnicas decorativas distintas, correspondientes a (en orden de frecuencia): ahumado, ahumado irregular, inciso, modelado, engobe, pintura, inciso-grabado, grabado, acanalado, pintura negativa y pintura postcocción. A menudo estas se muestran combinadas en las vasijas, siendo recurrente la asociación de inciso sobre jarros y vasos altos ahumados, de inciso con



Figura 4. Vasija asimétrica con un gollete y asa puente. Destaca por ser la única vasija conocida de esta categoría que presenta un modelado antropomorfo en uno de sus extremos. Museo del Limarí, Colección Arqueológica, n° inv. 888. Fotografía de Darío Tapia.

los Inscritos, Escalonado, Líneas Paralelas Enmarcadas (fig. 6), Triángulos y Líneas Angulosas, Rombos Combinados, Reticulado, Chevrón, Bandas Verticales y Líneas Verticales. Muchas veces, estos se encuentran combinados dentro de un mismo campo o una misma vasija. Cabe mencionar que se observó asimismo la existencia de motivos únicos, poco comunes, que por el momento no pudieron ser agrupados (Pérez, 2015).

Para los diseños elaborados mediante la técnica de pintura en superficies engobadas –conocida como «diseños pintados rojo sobre blanco» o «rojo y negro sobre blanco»– se establecieron tres patrones: Líneas Sinuosas, Cuadros Semiajedrezados y Escalonado (fig. 7). Si bien uno de ellos coincide con un patrón ejecutado bajo la técnica incisa, en su mayoría presentan pautas de simetría y configuraciones diferentes, que recuerdan más bien a algunas de las decoraciones propias de contextos diaguitas, como es el patrón Cuarto Estilo.

Debido a que los lenguajes visuales de estos grupos se fueron perdiendo con el transcurso del tiempo, y considerando que existe un distanciamiento cronológico importante entre dichas poblaciones y nosotros, resulta imposible aproximarse a los significados de los patrones mediante estrategias etnohistóricas o etnográficas. Pese a estas limitaciones, se contempla la posibilidad de que aludan, por ejemplo, a mensajes de carácter identitario o emblemático.

En relación a la distribución geográfica de estos atributos, es en el valle del Limarí donde se ha registrado una mayor diversidad; en esta cuenca se

modelado –particularmente en ollas sin base anular– y de pintura sobre jarros y vasos altos engobados (Pérez, 2015).

Las piezas con diseños decorativos representan una baja proporción dentro de la muestra conocida. Los motivos, de carácter geométrico, fueron realizados preferentemente mediante incisos, grabados y pintura, y se configuran a modo de campos decorativos delimitados, dispuestos en el sector superior de los vasos altos, el cuello de los jarros y el cuello y cuerpo de las ollas sin base anular (Pérez, 2015). El análisis de los diseños permitió identificar los siguientes 10 patrones (fig. 5): Zigzag, Triángulos

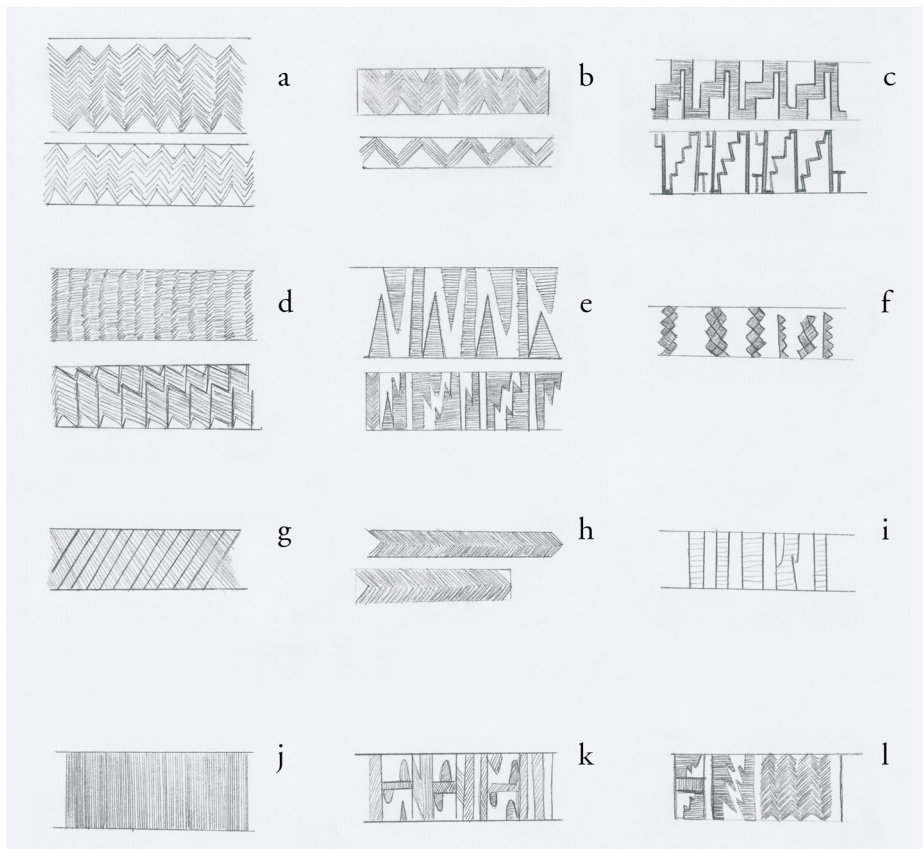


Figura 5. Patrones decorativos incisos acuciados para la cultura El Molle en los valles centrales del Norte Semiárido: (a) Zigzag; (b) Triángulo Inscrito; (c) Escalonado; (d) Líneas Paralelas Enmarcadas; (e) Triángulos y Líneas Angulosas; (f) Rombos Combinados; (g) Reticulado; (h) Chevrón; (i) Bandas Verticales; (j) Líneas Verticales; (k) y (l) ejemplos de patrones combinados. Fuente: Pérez (2015).

observan prácticamente todas las categorías existentes, representadas en un gran porcentaje por las evidencias presentes en los cementerios de La Turquía. De igual forma, en el aspecto decorativo, la variedad de técnicas, diseños y categorías de vasijas con diseños es mucho más alta. De hecho, la gran mayoría de los diseños expuestos corresponden a vasijas adscritas a este valle, con presencia destacada del patrón Escalonado en su modalidad incisa y pintada, principalmente en Río Hurtado (Pérez, 2015). Aunque en menor cantidad, resaltan también las vasijas bicromas decoradas rojo sobre blanco, incisos rellenos con pintura blanca y piezas modeladas antropomorfas, fitomorfas y zoomorfas. Si bien estas piezas proceden en su mayoría de la zona de Río Hurtado, también en las cercanías de Ovalle se registró una vasija modelada

única con decoración polícroma, procedente del sitio San Julián –presencia que en la zona se ve reforzada por la existencia de dos piezas rojo sobre blanco que, aunque no pudieron ser analizadas, se encuentran adscritas específicamente al curso superior del río Rapel, procedentes del sitio Central Los Molles (Ampuero, 1965)–. La zona de Rapel, específicamente los sitios El Palomo, Los Molles y Las Mollacas, cuyos elementos culturales se encuentran depositados en el Museo del Limarí, sobresalen también por presentar una alta frecuencia de ollas pequeñas con y sin base anular

(fig. 8), característica compartida con la zona vecina de Hurtado, por lo que suman importancia dentro del conjunto de vasijas de la zona. Dentro de la colección del Museo del Limarí también se cuentan tres vasos altos ahumados con decoración incisa procedentes de La Turquía, dos de los cuales presentan el patrón Líneas Paralelas Enmarcadas y uno, el Escalonado. Además destacan una ollita y una pieza asimétrica con asa puente y un gollote con decoración modelada incisa antropomorfa procedentes de Río Hurtado.

En el caso del Elqui, aun cuando se registra allí gran parte de las categorías expuestas, estas poseen una menor variación interna y menor frecuencia. En tal sentido, los sitios del curso superior del Elqui, en específico las piezas de la zona de Alcohuz, exhiben grandes similitudes con lo que sucede en Río Hurtado, pero a una escala más pequeña, situación que es sugerente por la proximidad espacial de ambas zonas.

A modo de discusión: la alfarería, integración e interacción

Dada su visibilidad formal y decorativa, las vasijas tienen un gran potencial para transmitir diversos tipos de mensajes. En este sentido, las vasijas adscritas a El Molle estarían actuando dentro de lo que Wobst (1977) conceptualiza como «modo artefactual» de comunicación, el que cobra relevancia dentro de espacios geográficos amplios, entre grupos socialmente afines, pero separados por la distancia, que no cuentan con instancias de interacción frecuentes o



Figura 6. Detalle de vasija ahumada incisa con patrón Líneas Paralelas Enmarcadas, procedente del sitio La Turquía. Museo del Limarí, Colección Arqueológica, n° inv. 260. Fotografía de Darío Tapia.

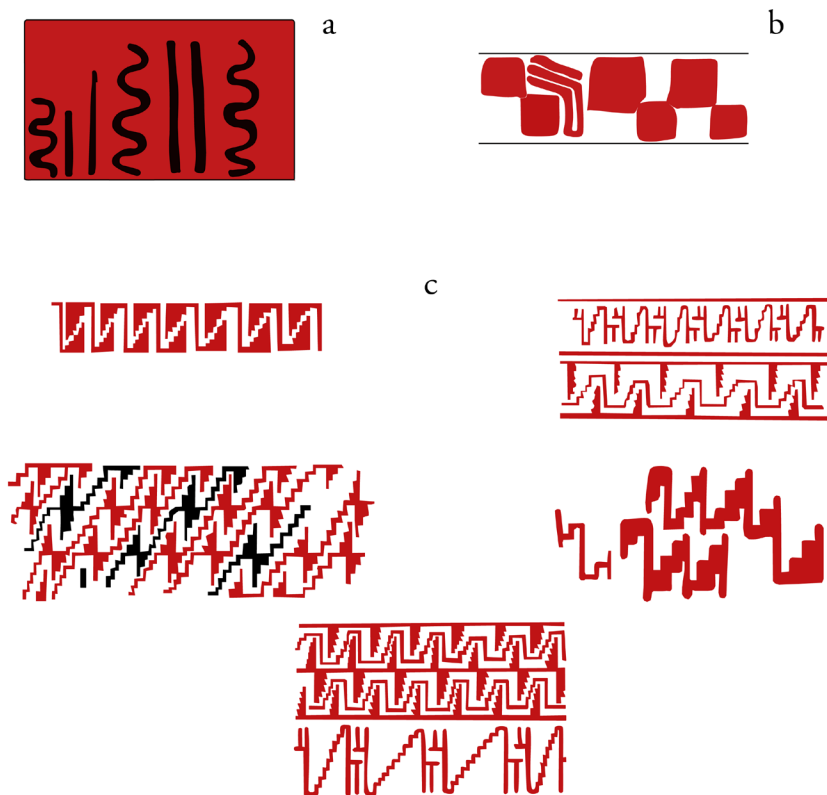


Figura 7. Patrones decorativos observados en las vasijas pintadas de El Molle en los valles centrales del Norte Semiarido: (a) Líneas Sinuosas; (b) Cuadrados Semiajredrezados; (c) Escalonado. Fuente: Pérez (2015).

reiteradas en el tiempo. Las similitudes y diferencias que —a distintas escalas— manifiestan las piezas Molle estudiadas, evidenciarían una densidad comunicacional alta entre los sectores medios y superiores del Elqui y superiores de Hurtado, y de intensidad media con la zona de Rapel (Pérez, 2015). En definitiva, de lo anterior se desprende que habría prevalecido una adscripción a ciertos códigos comunes que pudieron permitir un entendimiento mutuo entre las comunidades, bajo el supuesto de la existencia de una producción de alfarería local no especializada. Resulta esperable, por lo tanto, encontrar diferencias y, al mismo tiempo, un grado de similitud entre sus conjuntos, explicado por las diversas oportunidades de relación, más o menos frecuentes, que propiciarían la aparición de rasgos comunes (Pérez, 2015).

La eficiencia y mantención de este canal de comunicación dependerían no solo de la visibilidad física de los objetos y de los atributos escogidos para

cargar los mensajes, sino también de la del contexto en el cual aquellos participan, siempre y cuando este sea público –entendiendo que en el ámbito de lo privado ya no serían efectivas como canal de comunicación (Carr, 1995)–. En ese sentido, las piezas Molle y sus mensajes debieron poseer una alta efectividad visual, ya que todas fueron recuperadas de contextos mortuorios, es decir, de espacios con un alto significado simbólico, donde habrían estado expuestas ante una gran cantidad de personas que no necesariamente se relacionaban en forma cotidiana y permanente. Aun cuando no conocemos con certeza la historia de vida de estos objetos, su lugar de hallazgo nos indica que, de haber formado parte del espacio doméstico, fueron especialmente



Figura 8. Ollita con base anular o pedestal, procedente de la zona de Los Molles. Museo del Limarí, Colección Arqueológica, n° inv. 740. Fotografía de Darío Tapia.

seleccionados para intervenir en esas dinámicas particulares: por ejemplo, pudieron haber sido utilizados en ocasiones compartidas de comida y bebida, y luego incorporados al ámbito funerario en calidad de ofrendas –ya fuera por el valor que se les atribuía como bienes o por el de su contenido–. Ello implicaría que estos objetos están dotados de significado, una particularidad que debe ser tomada en cuenta al momento de estudiarlos (Pérez, 2015).

En consecuencia, es posible entender las piezas cerámicas como resultado de la articulación de las diversas dinámicas sociales propias de los grupos que habitaron los valles

del Elqui y Limarí, donde el contexto funerario constituyó un escenario privilegiado para mantener los niveles de interacción e integración de estas comunidades; los rituales asociados a estos sitios probablemente congregaron a una gran cantidad de personas, funcionando como espacios de producción y reproducción social.

Creemos que lo que comúnmente se ha asociado al imaginario Molle se circunscribe a un espacio geográfico acotado al sector cordillerano o superior del Elqui y al sector de Río Hurtado y Rapel en el Limarí, y desde allí, se ha extrapolado hacia otras zonas del NSA. Las similitudes entre las evidencias de estas zonas cobran sentido si se considera que entre estos espacios existe una mayor accesibilidad geográfica, traducida en vías naturales de acceso que

hacen posible la comunicación interfluvial y que se mantienen activas hasta hoy (Pérez, 2015). Dicho de otro modo, el que los conjuntos cerámicos de estas zonas compartan ciertos atributos en el plano estilístico podría dar cuenta de la existencia de altos niveles de comunicación entre los grupos que los habitaron, asociados a dinámicas sociales específicas del mundo cordillerano.

Procedente principalmente de sitios ubicados en la zona de Rapel, la colección adscrita a la cultura El Molle conservada por el Museo del Limarí no había sido estudiada de manera sistemática debido a su descontextualización. Recientes estudios han dado nueva relevancia a estos objetos, ya que han permitido complementar y ampliar el conocimiento que se tenía de estos grupos, integrando el área mencionada a la discusión de la prehistoria regional (Pérez 2015).

Referencias

- Ampuero, G. y M. Rivera. (1965). Nuevos elementos cerámicos de la cultura El Molle en el Departamento de Ovalle. *Boletín de la Universidad de Chile*, 57, 80-83.
- Ampuero, G y M Rivera. (1969). Excavaciones en quebrada El Encanto, nuevas evidencias. En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 185-206). La Serena, Chile.
- Brain, R. (1979). *The decorated body*. Nueva York: Harper and Row.
- Carr, C. (1995). A unified middle-range theory of artifact design. En C. Carr y J. E. Neitzel (eds.), *Style, society and person* (pp. 171-257). Nueva York: Plenum Press.
- Cornely, F. (1944). Cultura de El Molle. *Revista Chilena de Historia Natural*, 48, 28-48.
- Cornely, F. (1953). *Cultura de El Molle*. La Serena: Publicaciones del Museo Arqueológico de La Serena.
- Cornely, F. (1956). *Cultura diaguita chilena y cultura El Molle*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- González, P. (2013). *Arte y cultura diaguita chilena. Simetría, simbolismo e identidad*. Serie Monográfica de la Sociedad Chilena de Arqueología, número 2.
- González, R. (2017). *Adornos y cuerpos variables: una aproximación a la heterogeneidad de las poblaciones del Período Alfarero Temprano del Norte Semiárido a partir de los tembetás*. (Tesis inédita para optar al grado de Magíster en Arqueología y al título profesional de Arqueólogo). Depar-

- tamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Iribarren, J. (1953). Nuevos hallazgos arqueológicos de la cultura de El Molle. *Revista Universitaria*, 37(1), 191-219.
- Iribarren, J. (1958). Nuevos hallazgos arqueológicos en el cementerio indígena de La Turquí-Hurtado. *Arqueología Chilena*, 4, 13-40.
- Iribarren, J. (1970). *Valle del río Hurtado. Arqueología y antecedentes históricos*. La Serena: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos; Ediciones del Museo Arqueológico de La Serena.
- Keddie, G. (1981). The use and distribution of labrets on the North Pacific Rim. *Syesis*, 14, 59-80.
- Niemeyer, H., Castillo, G. y Cervellino, M. (1989). Los primeros ceramistas del Norte Chico: Complejo El Molle (0-800 d. C.). En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (eds.), *Culturas de Chile. Prehistoria* (pp. 227-263). Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Pavlovic, D., Pascual, D., Martínez, A. y Villela, F. (2014 Ms). Sitios funerarios complejos del período alfarero temprano del valle del río Rapel, cuenca del Limarí. En *Informe final de Proyecto Fondecyt 1110125*.
- Pérez, I. (2012). *Reevaluando el complejo cultural El Molle en los valles de Elqui y Limarí: Una aproximación a partir de sus conjuntos alfareros de vasijas completas*. Ponencia presentada en el XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Arica.
- Pérez, I. (2013). Análisis de piezas cerámicas Molle pertenecientes a la colección del Museo Arqueológico de La Serena. En *Informe final de proyecto FONDART N° 13395, Rescate de técnicas constructivas de la cerámica Molle al interior del Museo Arqueológico de la Serena MALS*.
- Pérez, I. (2015). *El complejo El Molle en los valles de Elqui y Limarí: Una aproximación a partir de sus conjuntos alfareros de vasijas completas*. (Memoria para optar al título de Arqueóloga), Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Troncoso, A. (1998). *El Período Intermedio Tardío en el valle de Illapel: desarrollo y relaciones*. (Memoria para optar al título de Arqueólogo). Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Troncoso, A. y Pavlovic, D. (2013). Historia, saberes y prácticas: Un ensayo sobre el desarrollo de las comunidades alfareras del Norte Semiárido Chileno. *Revista Chilena de Antropología*, 27, 101-140.
- Troncoso, A., Vergara, F., Pavlovic, D., González, P., Pino, M., Larach, P., Escudero, A., La Mura, N., Moya, F., Pérez, I., Gutiérrez, R., Pascual, D., Belmar, C., Basile, M., López, P., Dávila, C., Vásquez, M. y Urzúa, P.

- (2016a). Dinámica espacial y temporal de las ocupaciones prehispánicas en la cuenca hidrográfica del río Limarí. (30° LAT. S.). *Chungará*, 48(2), 199-224.
- Troncoso, A., Cantarutti, G. y González, P. (2016b). El Período Alfarero en el Norte Semiárido. En F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (eds.), *Prehistoria en Chile: desde sus primeros habitantes hasta los incas*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Wobst, M. (1977). Stylistic behavior and information exchange. En C.E. Cleland (ed.), *Papers for the director. Research essay in honor of James S. Griffin* (pp. 317-342). Ann Arbor: Anthropological Papers of the University of Michigan.